

## Poesía



### Thelma Nava El territorio inocente

*Ciudad, enorme templo sordo*  
Fayad Jamis

Ciudad antropófaga

¿por qué caminas en nosotros y te mueves como una bestia confundida en la sombra?

Te desprecias en todos los habitantes que te identifican en esa cierta debilidad por el otoño, hábilmente disimulada.

Nada puedes hacer cuando te derriban el último sueño y te construyen catedrales amarillas para obligarte a pensar en tu pasado que no recuerdas.

Inocente de todo mal

abyectamente desoída, muda y sorda,  
estatua que la tierra sepulta a medias.

De todas partes llegan y te miran, te acosan y tú los escuchas como una loca que no comprende.

¿Quién se atreve a acusarte de corrupta, tú, enorme  
vientre de innumerables hijos inventándote  
un nombre, una emoción, secreta, una lágrima turbia?

Por el viento te mueves y pareces escuchar a quienes  
dejan todas sus armas al frente de la casa,  
a los que mueren de frío o de libertad.

Dicen que tu pueblo es triste,  
tristes tu habitantes de mesetas, sin conocer el mar.  
Contra ti navegamos nuestros sueños de rojas tortugas  
nuestras túnicas de abandonados, nuestro  
siempreacceder de cada día.

Hay tiempos para salir de ti y buscarte en los ojos  
purísimos de otras ciudades,  
en los caminos emprendidos por nuestro corazón,  
en el estallido de los cuerpos en la luz.  
¿Por qué los que se van siempre regresan?

II

No somos ya quienes nombran a las flores en la casa de  
los grandes señores.

Perdida está la facultad del vaticinio.

No sabemos congregarnos más para atraer la lluvia  
y la danza no es ya un elemento decisivo.

Tenemos sueño. Ahuyentamos la soledad de cualquier  
modo,

alargamos la noche en los tobillos,  
inventamos la risa para bailar en la casa del absurdo.  
Estamos solos y eso basta.

Más solos cada día, más ajenos de nuestro principio.

En ti, ciudad desierta

¿cuántos pueden decir que conocen verdaderamente  
el amor?



### Gastón Melo Tres poemas

I

Adiós amor.  
Fue hermoso amarte.  
Te evocaré algún día  
en el momento de la desolación  
y encontraré con terror  
que ya no recuerdo tus ojos.





II

Recuérdame. He vivido siempre en ciudades  
y las ciudades son para morir, pero recuérdame.  
Lleno de retratos amarillentos  
y cartas que no mandé  
miro la vida hundirse  
en el mar reverberante del verano  
y no me importa.

## Los desertores

Por la colina que mira hacia el poniente  
bajan los desertores.  
Han olvidado su estirpe y su lenguaje  
de sonoras sílabas ardientes;  
en sus manos late el recuerdo  
de caricias más suaves que la piel humana  
y en sus trajes brilla el viejo esplendor  
de los escudos de rugientes leones y castillos imposibles.  
Presienten el mar y su cambiante engaño  
el mar que palpita como el corazón de Dios  
las anchas playas pobladas de seres silenciosos  
donde nada es recuerdo ni esperanza.

En otro tiempo fueron altivos y dolientes como mártires  
pero renunciaron a su destino.

## En la tarde

Me quedo mirando la pata del sillón  
que se hunde en la luz dorada de la estancia  
mientras la taza que sostengo entre mis dedos  
salpica de brillos la polvosa superficie de la mesa.

Más lejos, hacia lo profundo de la casa  
los muebles empiezan a entrar  
en la olvidadiza penumbra.

Detrás de los sombríos corredores  
donde los espejos me recuerdan  
que no tuve destino, las ventanas flotan  
en el agua estancada y luminosa de la tarde.

Más lejos los cuartos desolados acallan el eco  
de los atardeceres en que el viento arremolina las  
[sombras]  
y el distante murmullo de los bosques danza  
en la abierta llanura, silenciosa como el vuelo  
secreto de los buhos que trazan en el aire  
callado de la noche, signos escalofriantes.

Muy pronto las constelaciones empezarán a girar  
sobre el alto silencioso de la bóveda.  
Tauro, La Doncella, Aries, Capricornio y Acuario  
todo el vano aparato celeste conspirará  
para que yo vuelva a depositar la taza  
—con un tintineo de abandono—  
en su plato respectivo.



## Raúl Garduño Nueva presencia

Que en el ojo del agua sigan durmiendo y despertando  
tus sueños,  
que vengas cuando el desasosiego del mar sólo sea un  
tumbo de aire en las arenas  
y que inventes por ahí una larga bienaventuranza;  
que el polvo siga cayendo en tus manos como un viejo  
diluvio de palomas  
y que tú hables, sí, que te detengas un rato junto al

